

# NOTICIA DE LA ACTUAL POESIA CHILENA

POR GABRIEL CUEVAS

EN los años que siguen a la guerra europea de 1914, tres voces poéticas chilenas adquieren con rapidez un significado universal en la lírica castellana; Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda. Su influencia en la poesía chilena hasta hoy día ha sido decisiva. Con ellos, o también a contrapelo de ellos, se hace gran parte de la poesía posterior. Este fenómeno ha ocultado el enorme desarrollo que a partir de aquellos años adquiere la poesía en Chile, país que hasta entonces parecía dejado de la vocación poética. Muy desconocida es, por consecuencia, la vasta y valiosa floración de la actual lírica chilena, en la que algunas voces antiguas y otras novísimas van adquiriendo su exacta y plena madurez poética.

Difícil es escoger para esta breve noticia los nombres entre un gran número de poetas, muchos de ellos muy personales, que logren dar al lector una imagen aproximada del estado actual de la poesía chilena. Hemos actuado por ello con un criterio quizá criticable por un tanto extrínseco al sentido poético mismo, pero práctico. Cuatro nombres hemos seleccionado. El primero, una voz antigua y permanente, que en el año que acaba de terminar ha obtenido el Premio Nacional de Literatura. Dos veces nuevas consagradas desde su aparición por el Premio Sociedad de Escritores de Chile de Poesía Inédita, los años 1945 y 1946, y, por último, una voz, quizá la más personal y poco conocida de nuestra poesía, por no haberse impreso aún en ningún libro que le dé comunicación social suficiente.

Situemos brevisísimamente estos cuatro nombres para su mejor comprensión.

## PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1949

Pedro Prado aparece en la poesía chilena con sus primeras obras en el primer decenio de nuestro siglo. "Flores de cardo" (1908), "El llamado del mundo" (1913), "La casa abandonada" (1912) y "Los pájaros errantes" (1915) son sus títulos, en verso los dos primeros y pequeños poemas en prosa los últimos. Por esos años, Prado es el alma de un curioso y extraño grupo denominado "Los Diez", del cual forma parte también otro poeta, Magallanes Moure, que tuvo extraordinaria importancia. Un sentido, más que de comunidad intelectual de comunidad de vida, los une y contribuye a despertar y sostener auténticas vocaciones.

Ha ensayado Prado también la novela y el Teatro con su valioso poema dramático "Androvar"; pero su mejor obra aparece con una serie de libros de sonetos: "Camino de las horas", 1934; "Otoño en las Dunas", 1940; "Esta bella ciudad envenenada", 1945, y "No más que una rosa", 1946.

Pedro Prado es una existencia diáfana y transparente hecha poesía. Su obra entera está impulsada por una voluntad artística nacida de la entraña cotidiana de su vida. Una vida medida en humildad y recogimiento, por la realidad de cada día. La diáfandad de esta poesía, expresando todo el misterio de la existencia, sostenida en y por el amor, es el sello de su profunda profundidad. Este nombrar con actualidad las cosas que acaecen nace de la unidad de las cosas que son, y va adquiriendo a través de toda la obra una dimensión cada vez más perfecta, sin imprevistos descubrimientos, pero con la novedad de una historia vista por los ojos de un ángel.

Un reflejo pálido y escueto de esta inmensa y madura obra poética, que no envejece y se sostiene milagrosamente en la forma tradicional del soneto, esperamos se logre por los tres sonetos que incluimos.

## OTRA VEZ SONETOS

Angel Custodio González, nacido en 1918, estudia Filología Románica en la Universidad de Chile y se titula de profesor de Literatura. Ejerce normalmente la cátedra de Literatura en varios Institutos de Segunda enseñanza y en la Universidad Ca-

tólica de Chile. Publica una edición y extenso estudio sobre la obra de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán (siglo XVII), "El cautiverio feliz".

El año 1945, la Sociedad de Escritores de Chile le concede el premio anual de poesía inédita por su libro de sonetos titulado "Del amor cautivo". Posteriormente ha continuado publicando en diversas revistas. Recientemente ha estado en España, donde piensa editar parte de su producción inédita.

Hemos seleccionado para esta noticia dos poemas inéditos que muestran una mayor seguridad poética, siempre en la misma línea serena y simple de su primer libro. La revelación y el gozo espiritual del amor sostienen esta poesía, aún en sus comienzos, pero que augura una esperanza firme. El autor representa en la joven poesía chilena de hoy una tendencia que podríamos llamar tradicionalista por su acercamiento a los modos poéticos hispánicos más que a los de una poesía en ciernes con un carácter más nacional o americano.

**GONZALO ROJAS** Nació en diciembre de 1917. Su vida le ha llevado por muchos lugares y actividades en el país. Después de frecuentes interrupciones, ha terminado recientemente sus estudios en la Universidad, y hoy se dedica a la enseñanza de la Literatura en Valparaíso, ciudad a la que ha dedicado un hermoso poema, en el que, al decir de un crítico, Alfredo Lefebvre, funda la ciudad en palabras.

Hace algunos años participó en la creación de un grupo poético, "Mandrágora", del que se apartó después buscando soledad. Algunos poemas suyos aparecidos en revistas, indicaban que en él se estaba revelando una segura y original vocación poética. En 1946 obtuvo el premio de la Sociedad de Escritores para poesía inédita por su libro "Miseria del hombre", que se ha publicado en 1948.

"Miseria del hombre", que ha provocado una crítica abundante, es una obra reveladora de una de las más recias y originales voces poéticas del panorama actual de la poesía chilena. Hay en este libro una honda y oscura experiencia del hombre, su existencia, su misterio y su muerte, en la que, como anota el crítico citado, se entrecruzan y confunden lo filosófico y lo poético. Diríamos más bien que el libro está transido de metafísica del hombre, pero trascendida en verbo poético, hecho ascua de oscura luminosidad. Implícita modalidad permanente y en algunas ocasiones temática especial, es una especial visión del mundo material, de la presencia de lo que se ha dado en llamar lo telúrico. Véanse como ejemplo los poemas "La materia es mi madre" y "La cordillera viva".

Ofrecemos de este excelente poeta Gonzalo Rojas, un poema de su libro titulado "La eternidad", que nos muestra, aunque pálidamente, toda la fuerza y calidad de esta poesía dentro de la mejor y breve tradición de la poesía hispanoamericana y chilena más original.

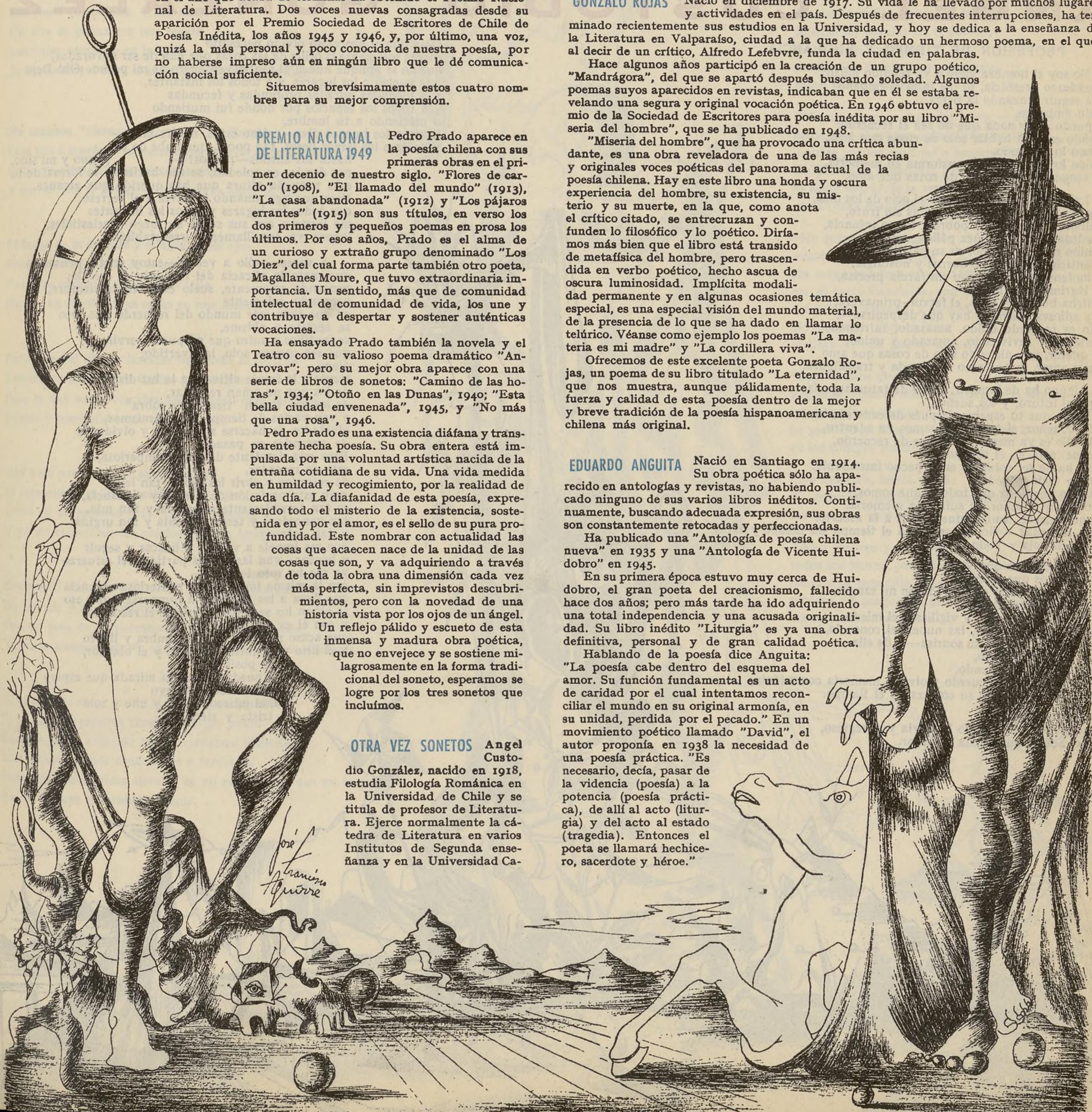
**EDUARDO ANGUIITA** Nació en Santiago en 1914.

Su obra poética sólo ha aparecido en antologías y revistas, no habiendo publicado ninguno de sus varios libros inéditos. Continuamente, buscando adecuada expresión, sus obras son constantemente retocadas y perfeccionadas.

Ha publicado una "Antología de poesía chilena nueva" en 1935 y una "Antología de Vicente Huidobro" en 1945.

En su primera época estuvo muy cerca de Huidobro, el gran poeta del creacionismo, fallecido hace dos años; pero más tarde ha ido adquiriendo una total independencia y una acusada originalidad. Su libro inédito "Liturgia" es ya una obra definitiva, personal y de gran calidad poética.

Hablando de la poesía dice Anguita: "La poesía cabe dentro del esquema del amor. Su función fundamental es un acto de caridad por el cual intentamos reconciliar el mundo en su original armonía, en su unidad, perdida por el pecado." En un movimiento poético llamado "David", el autor proponía en 1938 la necesidad de una poesía práctica. "Es necesario, decía, pasar de la videncia (poesía) a la potencia (poesía práctica), de allí al acto (liturgia) y del acto al estado (tragedia). Entonces el poeta se llamará hechicero, sacerdote y héroe."



DE QUE MUNDO IGNORADO

De qué mundo ignorado habré venido,  
qué lenguaje es el mío tan arcano,  
que si a alguien tiendo con amor la mano,  
ignora lo que ofrezco o lo que pido.

Me sé distinto de mortal nacido:  
niño o zagal, maduro ya o anciano;  
no encuentro al alternar, y busco en vano  
¡y entre tantos! a alguno parecido.

Sonriendo miran como quien indaga,  
sin comprender jamás lo que yo quiero,  
y con tal inconsciencia se me paga,  
que alejarme, por último, prefiero.

No hay cosa mía que a alguien satisfaga;  
¡me siento entre los hombres extranjero!

PRESENTIMIENTO

Todo en mi vida es un presentimiento.  
Soy como hoja medio desprendida  
que ya la agita, sin llegar, el viento;  
una hoja temblorosa y conmovida.

Amo, sin verla, clara imagen pura;  
y mis ansias, mi angustia y mi tristeza,  
sólo esculpen y buscan en la dura  
realidad de la vida a la belleza.

Yo sabré quién me espera y quién me llama,  
animando el misterio y escondida  
cuando esta fiebre que a mi ser se inflama,  
ciña, por fin, la forma apetecida.

De amor humano hacia el amor divino  
voy labrando, sin tregua, mi camino.

PARA MEJOR AMARTE

Para mejor amarte no te amara;  
renuncié yo a tu amor, mas nunca al mío.  
Tú viste en mi actitud sólo un desvío,  
un alma absurda y una mente rara.

Y la más pura lágrima llorara;  
sufrí, de la locura, el desvarío;  
de la muerte temida sentí el frío;  
mi angustia crece, y de crecer no para.

Te vi tan bella, que te quise pura;  
te vi tan dulce, que te quise buena;  
te herí para apartarte de mi lado;

para mí dejé sólo la amargura.  
Huí el amor para escoger la pena,  
¡y en honda soledad mejor te he amado!

ANGEL CUSTODIO GONZALEZ

PROFESION DE TIEMPO Y VIGILANCIA

No soy el hombre viejo o ya rendido inútil;  
no padezco presbicia, ni me falta el empeño  
para seguir cruzando la tierra,  
y, sin embargo,  
no puedo decir nada que no sea el recuerdo;  
forzado estoy a hablar sólo de cosas que amo,  
y todo lo que amo,  
y todo lo que vivo se transforma en memoria.  
No tengo que decir sino de cosas que amo.

La turbulencia hirviente o el ocio de los días,  
la lenta araña grave de las horas sin fruto,  
el alborozo trémulo, la pobre y tierna infancia,  
la soledad del sur, niñez pálida, sola,  
de niño rico en tiempo, en su país tan lejos,  
de anticipada vida, de barcos y nostalgia,  
de inofensiva muerte aun sin forma precisa,  
las lágrimas, sus luces,  
la dicha buena, el cielo, el fervor, primavera,  
sí, y adioses—siempre hay que despedirse—,  
todo es recuerdo unido, amasado, sufriendo,  
muriendo y reviviendo, amasado y unido;  
sin querer, voy diciendo sólo de cosas que amo  
y, por amor, lo que amo se ahonda y transfigura.

Alguno ha de inquirir, grave de fatua argucia,  
—¿Y el futuro, y los sueños,  
y el alba que tú esperas después de cada sombra?  
—Pero, señor, si todo lo llevamos ya adentro,  
todo ello es ya memoria o carne de recuerdo,  
porque será en el tiempo.  
Todo ha de ser colmado en el pecho insondable,  
porque todo sucede.  
Y tengo que decir que todo lo que somos,  
somos por el amor, el sufrir, la memoria.  
Porque sucede, amigo, que vamos a la muerte.  
—¿A la nada? —No, señor, hacia el tiempo sin tiempo y hacia  
Presencia sola y Todo. [Dios]

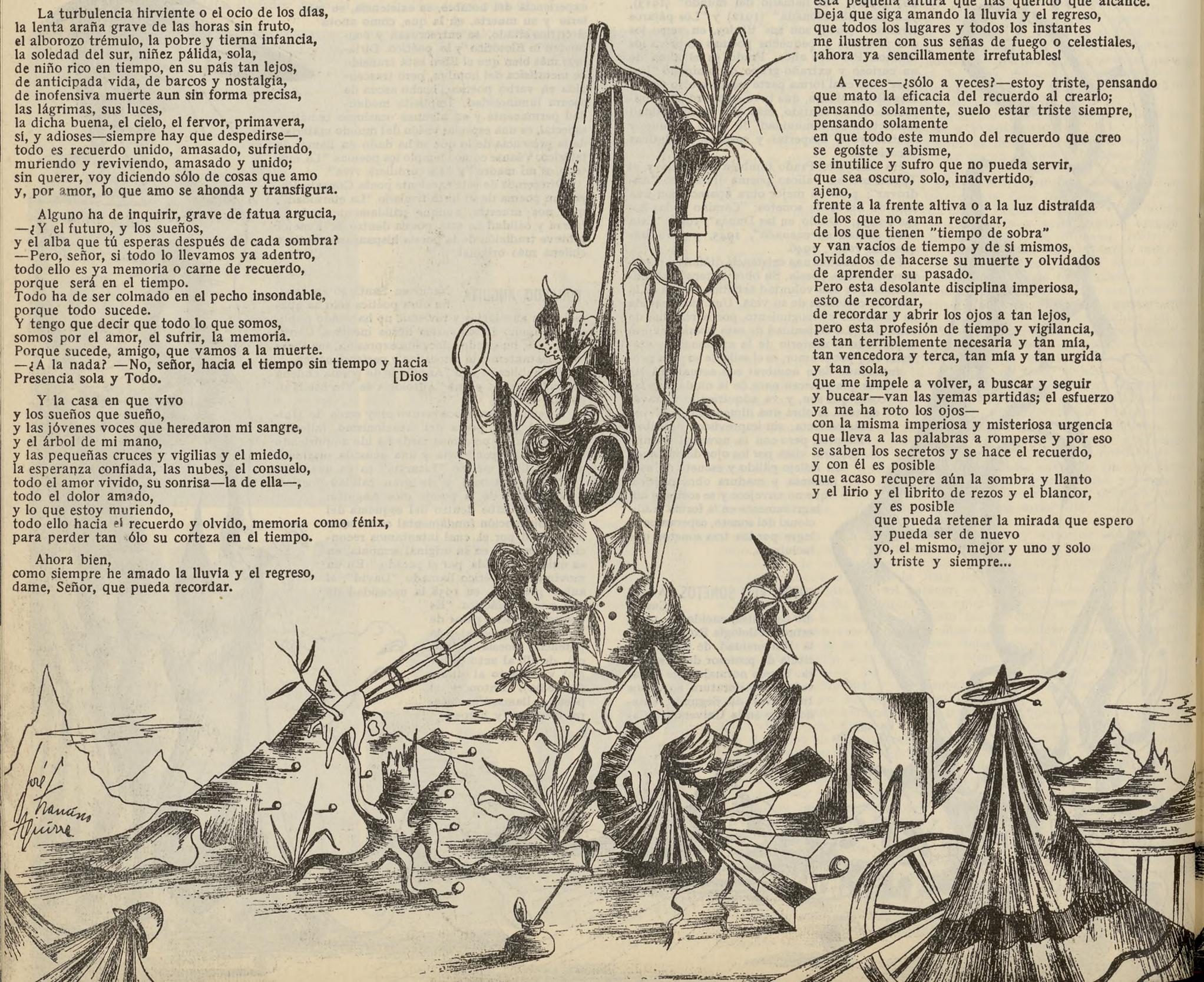
Y la casa en que vivo  
y los sueños que sueño,  
y las jóvenes voces que heredaron mi sangre,  
y el árbol de mi mano,  
y las pequeñas cruces y vigiliias y el miedo,  
la esperanza confiada, las nubes, el consuelo,  
todo el amor vivido, su sonrisa—la de ella—,  
todo el dolor amado,  
y lo que estoy muriendo,  
todo ello hacia el recuerdo y olvido, memoria como fénix,  
para perder tan sólo su corteza en el tiempo.

Ahora bien,  
como siempre he amado la lluvia y el regreso,  
dame, Señor, que pueda recordar.

Deja que el proceloso olvido necesario  
corroa solamente la orilla de las cosas que han de ser devoradas,  
que no se aplique nunca al centro verdadero de mi pecho. ¡Oh! Deja  
que vuelva a los lugares, y a todos los instantes,  
y a todas las miradas profundas y fecundas  
y a todos los espacios por donde fui muriendo  
o creciendo a tu lumbré,  
hasta a los buenos días—¿cómo estás, madre mía?—  
y hasta a los largos besos, tan pocos, que hube de ella,

hasta los sueños—¿vanos?— [signo y mi sino,  
por donde, en soledad, se fué haciendo la forma de tu  
esta pequeña altura que has querido que alcance.  
Deja que siga amando la lluvia y el regreso,  
que todos los lugares y todos los instantes  
me ilustren con sus señas de fuego o celestiales,  
¡ahora ya sencillamente irrefutables!

A veces—¿sólo a veces?—estoy triste, pensando  
que mato la eficacia del recuerdo al crearlo;  
pensando solamente, suelo estar triste siempre,  
pensando solamente  
en que todo este mundo del recuerdo que creo  
se egoíste y abisme,  
se inutilice y sufro que no pueda servir,  
que sea oscuro, solo, inadvertido,  
ajeno,  
frente a la frente altiva o a la luz distraída  
de los que no aman recordar,  
de los que tienen "tiempo de sobra"  
y van vacíos de tiempo y de sí mismos,  
olvidados de hacerse su muerte y olvidados  
de aprender su pasado.  
Pero esta desolante disciplina imperiosa,  
esto de recordar,  
de recordar y abrir los ojos a tan lejos,  
pero esta profesión de tiempo y vigilancia,  
es tan terriblemente necesaria y tan mía,  
tan vencedora y terca, tan mía y tan urgida  
y tan sola,  
que me impele a volver, a buscar y seguir  
y bucear—van las yemas partidas; el esfuerzo  
ya me ha roto los ojos—  
con la misma imperiosa y misteriosa urgencia  
que lleva a las palabras a romperse y por eso  
se saben los secretos y se hace el recuerdo,  
y con él es posible  
que acaso recupere aún la sombra y llanto  
y el lirio y el librito de rezos y el blancor,  
y es posible  
que pueda retener la mirada que espero  
y pueda ser de nuevo  
yo, el mismo, mejor y uno y solo  
y triste y siempre...



EL VERDADERO MOMENTO

El pasajero al destello siente cruzar su halo  
En el vacío lejanamente rumoroso  
Y azul como si una piedra hubiera sido arrojada  
Para perturbar las ondas que dormían  
Se dibuja la fronda de un encuentro.

Allí paseé yo con ella. Y con nosotros  
Un aire de primavera nos seguía  
Las hojas cantaban en la tarde  
Jamás caería el sol y si se iba aún nos deslumbraba.

Me cantaba "Chansons Grecques" de Ravel  
Creo que a través de su rostro como a través de una hoja  
Podía yo mirar el ocaso transparente  
Y por su voz el tiempo se adelgazaba hasta la luz.

El fuego de la dulzura y el agua de los ojos  
Eran notas en lo alto de lo lejos  
Por ellas podía yo descubrir el cielo  
Hundir en él mi cabeza como en una madre.

Parece que el último instante fué frente al castaño  
Cuando surgieron otro tiempo y otras personas  
Pero lo que había ocurrido antes quedó para siempre  
Lúcido y tranquilo como un estanque.

Hoy pasé por allí y por aquel instante  
El momento y el lugar estaban muy lejos  
Como en un grabado todo era más pequeño  
Y ya no coincidían los objetos con sus imágenes.

Comprendí que ella y yo ahora puestos al margen  
De esa ella y de ese yo seríamos pesados  
Con un peso de inexistencia de materia acumulada  
Y que lo transparente de aquel pasado era lo único existente.

Ni el castaño ni yo ni ella ni la tarde semejante  
Ni la canción repetida frente al mismo jardín  
Podrían jamás coincidir con el verdadero MOMENTO:  
Sólo superponernos condenados a fantasear  
Como los concéntricos círculos de un estanque en que un torpe  
Arroja piedras interminablemente.

LA ETERNIDAD

Sin tener qué decir, pero profundamente  
destrozado, mi espíritu vacío  
llora su desventura  
de ser un soplo negro para las rosas blancas,  
de ser un agujero por donde se destruye  
la risa del amor, cuyos dos labios  
son la mujer y el hombre.

Me duele verlos fuertes y felices  
jurarse un paraíso en el pantano  
de la noche terrestre,  
extasiados de olerse y acecharse  
como la muerte, solos.

"Oh amantes: no durmáis hasta la aurora.  
hasta que el sol reemplace vuestra furia  
y entre por las cortinas a besaros los ojos.  
No durmáis, Juventud, que la Vejez  
os espía detrás de la ventana  
con su cara invisible."

"No durmáis, proseguid  
vuestra lucha, templad  
sin cesar vuestras armas seductoras  
con el tacto insaciable, con la sed  
del primer huracán, a sangre y fuego.  
No durmáis. Que el furor  
os libre de mis manos asesinas."

"Soy vuestra peste. Soy  
el que os sopla al oído la verdad de la tierra,  
los designios aciagos:  
he perdido mi cuerpo, porque yo soy la voz  
de los cuerpos perdidos."

"No durmáis, hasta el sol.  
No durmáis, mis hermosos amantes. No escuchéis  
las olas del abismo."

Todos me ven y me oyen,  
todos me temen, todos los que sufren el tiempo  
como una pesadilla indescifrable,  
y todos me preguntan quién soy, pero es inútil;  
mi máscara es la noche.

